

Sobre Charlotte D´Ingerville, de Bataille

Christian Ferrer

La obra de Georges Bataille ha perdurado en el tiempo, casi por milagro, pues al porvenir no lo tenía garantizado y se diría que las apuestas arreciaban en su contra. No era fácil: autodidacta, asistemático, aficionado a temas escabrosos o ilegítimos, fiel a un estilo narrativo que nunca mutiló cierta dosis de incoherencia electiva y dispuesto a visitar los ámbitos nocturnos del conocimiento, incluyendo, inusualmente, la literatura erótica. No fue un desconocido pero sí trajinó el margen de una época que ensalzaba mayormente al pensamiento conceptual, del cual Bataille quiso desapegarse, prefiriendo no optar por alternativas a mano o inventarse una nueva sino ensimismándose en un “violento silencio”.

Los escritos póstumos suelen aparecer en el fondo de la olla, una vez que lo sustancial de un autor ya ha sido consumido, pero no es el caso de Bataille, cuya obra siempre asumió forma inconclusa, quizás inconcluible, de modo que los fragmentos eróticos ahora publicados se integran a lo ya conocido con tanta naturalidad como lo haría la llama revivida de un fuego donde crepitaban verdades errabundas y extrañas. Son relatos y borradores no del todo acabados o interrumpidos, como sofocados por la angustia o el alcohol, como si el narrador los hubiera esbozado en estado de delirio o bien enfermo de tuberculosis, que lo estaba cuando preparó algunos de estos cuentos.

La mayor parte consiste de escenas teatrales en las que abundan ansiedades, borracheras, forzamientos, azotes, ninfómanas, incestos y muertos sobre la cama, escasamente cotejables con los ideales de salud, bienestar y buena forma que orientan hoy en día las expectativas de la población en cuestiones de sexo. A los hombres y las mujeres de estas historias los excita el miedo y la indefensión más que la “buena vibración”. Viven imantados por la impudicia, la suciedad, la lascivia y la autodestrucción, amén de la angustia, “única soberana absoluta”, que tanto acoplan el deseo al espanto y testean los estándares de decencia colectivos como también otorgan a la voluptuosidad rango superior al de la felicidad. Es un sexo gritado a la luna o de voz quebrada pero nunca consensual o apaciguante, cuyos placeres, “pedazos de sol que bailan y le gritan a la muerte”, prevalecen sobre el malestar de los días.

Si hubiera un tema de meditación en estos relatos es el horror del deseo en su intimidad con la muerte, a la que se confronta como lo hacen los contrafuegos en

torno de un incendio. No se sugiere una compensación ni tampoco veneración por el sexo, sino una espera encantada destinada al derrumbe. Bataille consideraba que religión y erotismo eran una y la misma vivencia, de la que dependía la suerte de la vida espiritual. En los éxtasis ofrecidos por sendas experiencias acontecen los actos de conocimiento, no antes, y se evidencian entre espasmos similares a los del nacimiento y la muerte.

Los escritos “pornográficos” de Bataille quizás respondan a un gusto o al registro de momentos excesivos, aún cuando, leídos hoy, parezcan mensajes de otra época o emanados de un mundo clandestino que a los demás resulta algo indiferente. Son llamadas a la metamorfosis y a la salvación del alma, a distancia de la estimulación sexual promedio ahora propagada por todos los medios y en todos los horarios como señal de ajuste de la estima personal. Muchos intentaron un rescate conceptual de Bataille, pero es propósito es frustrante, hay demasiadas fisuras estructurales en sus ideas que frustran el propósito, como si su pensamiento sólo pudiera progresar por desplome más que por culminación del edificio.